

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
[PAGO ADELANTADO]

En esta Capital, resto de la Provincia y Península española, an mes. . . . . 1'50 Ptas.  
En Ultramar y Extranjero, un semestre. . . . . 10  
Número suelto, 10 céntimos.  
Número atrasado, 15.

Anuncios, comunicados y remitidos, á precios convencionales.

## LA OPINION

DIARIO LIBERAL - CONSERVADOR

Santa Cruz de Tenerife, Martes 30 de Agosto de 1898

## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración de la imprenta del  y en la co, 32.  
Dirijase toda la co Administración de La San Fran cisco, 32, imprenta.

Teléfono número 11

## Para el porvenir

¡Triste cuadro el que presenta España en los actuales momentos!

Pasado el fragor de la lucha, disipada esa fiebre, patrimonio de nuestra indómita raza, que ponía una venda á nuestros ojos, la Nación del *no importa!*, el pueblo de los sacrificios, del valor y la nobleza, ha comprendido la imposibilidad de continuar una guerra, por ambiciosos provocada, en la que llevábamos la peor parte. Hoy, al finalizar el siglo de las *lucos*, nada significan la razón y la justicia: ¡el derecho de la fuerza se impone!

La sangre que ha teñido las aguas del océano, el sacrificio de tantos héroes anónimos, las amargas lágrimas vertidas, durante algunos años, por las madres españolas, las fabulosas sumas empleadas ó *filtradas*, todo, todo, nos dá una amarga lección que jamás debemos olvidar.

El proceder del actual Gobierno, cuyos desaciertos han sido causa de nuestras desdichas, ese... ese será un día juzgado por la Historia, que con imparcialidad y sereno juicio analiza los hechos.

La actual generación española necesita hoy mirar más alto, necesita, por algún tiempo, olvidar lo que *fué*, sino quiere que España sucumba bajo el peso de su ruina.

Nada de alardes quijotescos, nada de fantasías ni de inoportunos recuerdos. Trabajo, mucho trabajo, moralidad, fé y constancia. He ahí las bases de nuestra regeneración.

El Gobierno que la emprenda necesita de nuestra ayuda.

«Por eso volvemos á recordar hoy que además de las reformas que debieran hacerse con urgencia en la administración pública, variando el sistema electoral, reduciendo los Ayuntamientos

hasta 2.000, suprimiendo las Diputaciones provinciales, formando el catastro con el auxilio de los cuerpos técnicos del Ejército, reglamentando las oficinas públicas con personal idóneo y economías que se imponen, obteniendo mayores ingresos para el Erario público por medio de impuestos indirectos y una gran reforma en la contribución industrial y otras cosas á estas semejantes, debe procurarse dirigir á las fuerzas productoras del país en el sentido de fomentar nuestra gran riqueza minera, principal tabla de salvación en nuestros conflictos, pensar en sustituir ciertos cultivos que ya no dan aquí resultados ni productos por el del algodón, remolacha, la caña y el tabaco, que pueden ser, que está probado que son, si á ellos acudimos, grandes medios de competir con otros pueblos de Europa y librarnos del pesado tributo que venimos pagando á las demás naciones del antiguo y nuevo continente.»

«Pensemos en que la historia y las generaciones perdonan á los pueblos sus caídas cuando saben levantarse con dignidad, esfuerzos perseverantes en el trabajo y constancia en la regeneración. Sin acudir á tiempos antiguos, mirando sólo aquellos que están próximos á los nuestros, vemos á Prusia y á Francia consolarse de la desmembración de sus territorios, de las grandes pérdidas sufridas, y levantar sobre las murallas derribadas y sobre los ejércitos vencidos otros más fuertes y vigorosos, y recuperando las grandes pérdidas que les ocasionaron las guerras, extender su dominio económico é industrial por todo el orbe, aplicando sus iniciativas, su honor y su dinero á enmendar los pasados yerros.»

Así se expresa la *Gaceta de la Bolsa*, al estudiar la importantísima cuestión del porvenir de España.

Estimulemos al país y á los Gobiernos en el sentido que apunta nuestro colega, contribuyamos en la medida

de nuestras fuerzas á la realización de esa obra salvadora y bien pronto, al recoger los frutos de este trabajo, experimentaremos la satisfacción inmensa del deber cumplido.

## Escenas del terruño

DESENGAÑATE! ASÍ... NO TE QUERRÁN!

I

Echada con indolencia á la orilla de un huerto de caña dulce, sobre las hojas secas, estaba Manuela, la moza más bonita de Marmolejo. Contaba veinte mayos, y era su cara encarnada como una amapola; tenía sus ojos pardos, rasgados, y poblados de largas pestañas, y su boca voluptuosa, grande, de labios gruesos, por los que asomaban dos sartas de dientes claros y blancos como la leche. Sus cabellos negros y abundantes peinados para atrás sin rizos ni adornos, los recogía en apretado moño. Una chaqueta de listas rojas aprisionaba su busto exuberante y señalaba sus formas que subían y bajaban suavemente al compás de su respiración tranquila, y por las faldas de bayeta roja, arremangadas hasta cerca de las rodillas, mostraba sus piernas, blancas y torneadas, que acababan en unos pies pequeños y desnudos que se escondían juguetones entre las hojas de las cañas.

Sus brazos, también desnudos, se cruzaban perezosos sobre la cabeza. Algún pensamiento la tenía tan abstraída que su mirar soñoliento se fijaba con indolente indiferencia en los huertos de la vega, en el barranco... solo de vez en vez levantaba la cabeza, la apoyaba en la palma de la mano, miraba con interés hácia una casa grande que se levantaba en el camino que enfrente sale de la Real Villa para la vega... y volvía á echarse sobre las hojas.

¡Que hermosa era! Daba envidia verla por las tardes, cuando venía del trabajo y pasaba en unión de otras mozas el puente de Marmolejo, cantando y riendo hasta que se perdía de vista en aquellas veredas de zarzas y chumberas. ¡Y como la quería Cristóbal, el muchacho más guapo y formalito del barrio, aunque ella, la muy tonta, le despreciaba por un señorito, hijo de la Real Villa, que desde que llegó de temporada, pues vivía en otra ciudad, la andaba cortejando!

Manuela, descansando de la poda de las cañas parece que gozaba con aquella indolente posición sobre las hojas. Allá dentro, en el cañaveral, quedaban su padre y sus hermanas, oyéndose el canto monótono del viejo, cortado por el chasquido de las hojas arrancadas de la planta del azúcar.

¡Que hermosa estaba aquella mañana la vega!

Por aquella parte el agua del barranco corría riendo á carcajadas, escondiéndose entre las piedras lisas y lamiendo las hojas de las cañaverales que coquetonas se inclinaban para besarla; luego seguía por bajo de las lechetreznas verdes y los culantrillos que se estremecían de puro gozo... y por fin se perdía, con cadencioso murmullo, entre los pilares de sillería del Puente Grande que destacaba su airosa silueta sobre el cielo azul, allá, donde la vega termina aprisionada por el arrabal de Marmolejo y el viejo barrio de las Toscas unidos por el puente en un abrazo eterno.

En frente se veía, sobre la loma que por bajo de los pies del Ajodar se desliza, la Real Villa con su población desparramada como vandada de gaviotas por unas partes, por otras en piña, coloreados sus torres y tejados por un sol de Junio.

La vega, como un mar de esmeralda impregnada de aromas, sembrada de casas y de orgullosas palmeras que sacuden sus cabelleras verdes, se extendía por todas partes, interrumpida á trechos

—Sí... y le prometí vuestra muerte... juré casarme con ella... presté todos los juramentos imaginables. Pero, una hora después, la *Gasa Roja*, convertida en inmensa hoguera, abrasaba el cuerpo de la *Gulia*. Ya veis, Juana, que os amo y sé defenderos. Perina ya no existe: sólo nos queda un enemigo, René de Rieux... pero ese es menos fuerte que Perina.

Luc no habló de Juana de Simeuse.

El carruaje seguía andando, y Luc dijo al cochero:

—La señora baronesa ha cambiado de parecer: volved al *Hotel del Diablo*.

XX

En una vasta sala de hospital estaban colocados veinte lechos en tres hileras. Eran unos tinglados de hierro sobre los cuales estaban colocadas unas cortinas de indiana parduzca, con dibujos encarnados, que separaban los lechos, constituyéndolos en pequeñas alcobas. Por encima de cada uno de éstos, una plancha de madera blanca llevaba un número pintado de negro.

Las drogas y las empciones de las calenturas y el aliento impuro de los enfermos infestaban de un olor nauseabundo el aire de aquella vasta sala, donde brillaba, sin embargo, la más rigurosa limpieza.

Dos jóvenes médicos, correctamente vestidos de negro, hablaban en voz baja cerca del lecho que llevaba el número 13. Algunos instantes antes había sido colocada en él la *Gulia* sin conocimiento.

—No, en verdad mi querido cofrade—decía uno de los médicos á su compañero,—no puedo explicarme yo tampoco las extrañas heridas del rostro de esa mujer. No pueden ser resultado de una caída, porque una caída hubiera segura-

luego aquel grito ronco, aquel grito de rabia y desesperación, había dado por resultado helar todos los corazones y alejar todas las simpatías. Creían los espectadores que sólo una fiera salvaje y no una mujer podía lanzar aquel grito.

Así, que la proposición que se presentó de improvisar unas angarillas y conducirla al hospital fué aprobada en el acto.

En el momento en que Juana, inanimada, era llevada por sus conductores á la casa hospitalaria de la viuda, una angarilla groseramente construida, sobre la cual reposaba la *Gulia*, tomaba lentamente el camino del hospital.

De ese modo habían librado del incendio que amenazaba quemarlas vivas Perina y Juana de Simeuse; pero el incendio continuaba su obra de destrucción con una furia de la que no se podía dar una idea.

Al cabo de una hora los pisos se habían hundido, arrastrando en su caída los secretos y la fortuna de la *Gulia*. Al rayar el día no quedaban de la *Casa Roja* sino algunos lienzos de pared ennegrecidos en el vacío, y del seno de las ruinas se escapaban por intervalos torbellinos de humo acre y fétido.

Mientras que esto sucedía en la calle de la Golondrina y callejuela del Estofado, la fiesta del *Hotel del Diablo*, interrumpida por tantos acontecimientos y episodios singulares, continuaba más brillante que nunca.

Después de una cena espléndida, los bailes comenzaron de nuevo.

Sin embargo, cuando los primeros albores de la mañana hicieron palidecer las luces de los salones y las damas vieron en los espejos sus rostros amoratados ó pálidos, se convencieron de que era ya hora de retirarse á sus casas.

Entonces comenzó una deserción general, y bien pronto Luc y Carmen se encontraron completamente solos.





